



Museo Nacional del Virreinato: 50 años difundiendo la cultura novohispana

José Abel Ramos Soriano*

EL CONTEXTO DE SU FUNDACIÓN

En 1964 se fundó el Museo Nacional del Virreinato; era la década de 1960, época de cambios trascendentales en México y el mundo. Se transformaron la política, la economía, la música, la manera de vestir y de ver a las autoridades y a la gente mayor. En nuestro país –entre finales de la década de 1950 y principios de la de 1960– la radio predominaba sobre la televisión; se escuchaba música de los tríos, el mambo y el danzón, y eran populares las radionovelas.

Era común que grupos de niños se reunieran en los departamentos –muchos de ellos de “renta congelada”– donde había televisión para ver el cuento de *Cachirulo*, las luchas, el box y el fútbol. Jugaban en la calle y en los patios de las vecindades al trompo, al balero, a los encantados, la cuerda, la roña o el bote. Todo parecía estable. Así había sido por mucho tiempo y parecía que seguiría así.

A principios de esa década la situación seguía tranquila: los niños continuaban jugando fuera de sus casas; en la economía, el dólar costaba \$12.50 como hacía tiempo, y las mercancías en las tiendas subían de precio apenas por 10 o 15 centavos. Pero grandes cambios comenzaron a gestarse. Muchos de ellos se fueron dando en forma paulatina y otros de manera más drástica.

En la radio se comenzó a escuchar cada vez más música en inglés, aunque también en francés, italiano y portugués, y comenzaron a proliferar cantantes solistas y grupos musicales que interpretaban canciones extranjeras traducidas al español. En el cine se veían películas estadounidenses, francesas e italianas. Era presidente de la República el licenciado Adolfo López Mateos y el licenciado Jaime Torres Bodet, secretario de Educación Pública.

En el ámbito cultural también había cambios. En literatura se registró el “boom latinoamericano”; en los estudios históricos se revaloró el pasado virreinal y se profesionalizó a la disciplina. Se veían los frutos de los institutos de investigaciones; por ejemplo los de Históricas y Estéticas de la UNAM. Allí se inició la publicación de revistas especializadas.

En este contexto se fundaron museos importantes. En el INAH fueron dos que completaron de manera específica una visión panorámica de la historia de México: el Museo Nacional de Antropología (MNA), que se dedicó a mostrar el pasado prehispánico, y el Museo Nacional del Virreinato (MNV), cuyo objetivo principal fue dar a conocer las obras del periodo virreinal. Ambos se inauguraron en 1964.

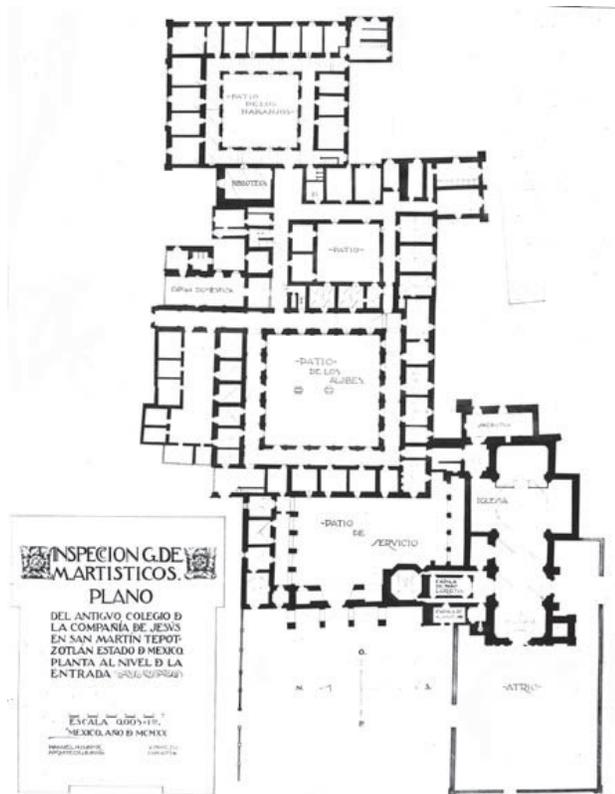
La visión se complementó con lo que se exhibía en el Museo Nacional de Historia (MNH), que se encargó en específico del siglo XIX y la primera mitad del XX. Un año después el Museo Nacional de las Culturas (MNC) se destinó a mostrar las expresiones de las culturas del mundo. Los museos nuevos nacieron con vocaciones distintas.

El edificio del MNA se construyó de manera expresa para cumplir con sus funciones, con salas espaciosas para las exposiciones, bodegas para las colecciones, un amplio vestíbulo para recibir a los visitantes, talleres, oficinas para servicios al público, biblioteca y estacionamiento para los vehículos de los visitantes. El terreno era lo bastante amplio para satisfacer los requerimientos. El edificio incluso albergó a la Escuela Nacional de Antropología e Historia y los departamentos de investigación.

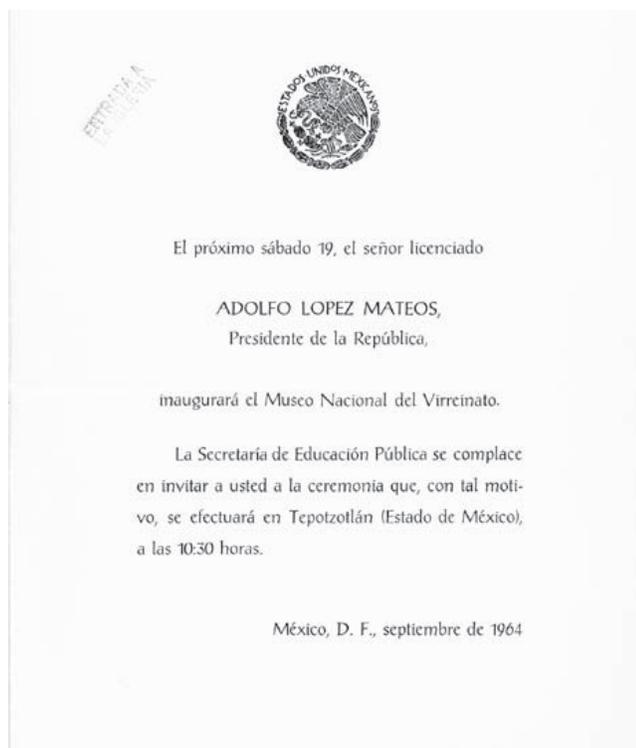
En cambio, el MNV se estableció en un antiguo colegio jesuita, es decir, en un espacio construido para funciones distintas a las de un museo. Éste, además, fue declarado monumento histórico, por lo que no podía ser adecuado sin restricciones para su nuevo uso. Por último, se encontraba en el pueblo de Tepotzotlán, a 43 kilómetros de la ciudad de México, lejos de muchos de los servicios que ofrecía la capital, como el del transporte. ¿Cómo se enfrentó esta situación?

UN GRAN EXPERIMENTO MUSEOGRÁFICO

Se trataba entonces, al contrario de lo que sucedió con el MNA, no de adaptar el edificio al museo, sino el museo al edificio. Pero no todo era negativo: el hecho de que el ex colegio se ubicara fuera de la ciudad permitió que subsistiera intacto, con todas sus dependencias.



Plano del antiguo Colegio de San Francisco Javier de la Compañía de Jesús, Tepotztlán, ca. 1920 **Fotografía** © Casasola, FN, Sinafo-INAH, Conaculta, México, inv. 121490



Invitación para la inauguración del Museo Nacional del Virreinato el 19 de septiembre de 1964 **Fotografía** © Gliserio Castañeda, CNIME-INAH

Permanecieron la iglesia con su sacristía y sus capillas, los claustros con los aposentos de los antiguos habitantes, la capilla doméstica para uso exclusivo de los padres y novicios, el refectorio, la cocina, los espacios frescos por donde pasa un acueducto que llega desde la huerta y que eran aprovechados para guardar alimentos y bebidas. Estas dependencias fueron construidas y decoradas durante más de siglo y medio, entre 1606 y 1767.

La fábrica de la iglesia, por ejemplo, data de la segunda mitad del siglo XVII; en cambio, los retablos y la fachada principal pertenecen a la segunda mitad del XVIII. Los dos claustros corresponden a diferentes fechas de construcción; los dos niveles del primero, cuyo patio alberga dos aljibes que recuperaban el agua de lluvia de las azoteas, son de épocas distintas, y el segundo, nombrado de los Naranjos por los árboles frutales que posee, ostenta en su fuente la fecha de 1708, mientras que la fuente del patio de las cocinas presenta la fecha de 1740.

Se conservaban obras de destacados artistas en diferentes áreas del edificio; entre otras, óleos, retablos y pintura mural de Miguel Cabrera y trabajos del escultor Higinio de Chávez en la iglesia; una serie de pinturas de Cristóbal de Villalpando, sobre la vida de san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, en el claustro bajo de los Aljibes, y otra de Juan Rodríguez Juárez, con escenas de la vida de la Virgen, en el claustro alto de los Naranjos.

También se tiene registro de obras y objetos de autores anónimos que a menudo es difícil explicar cómo sobrevivieron a las épocas de abandono del edificio a partir de la expulsión de la Compañía en 1767. Por supuesto, ni el edificio ni sus obras se encontraban en condiciones óptimas para cumplir con su nuevo destino: sede de un museo que mostrara la historia de los tres siglos del periodo virreinal, el más importante del país con ese objetivo. Se procedió entonces a su completa restauración y adecuación, respetando siempre sus características originales.

Fue un arduo trabajo que, sin embargo, requería de un esfuerzo más, pues a pesar del interés, el edificio era insuficiente para ilustrar otros aspectos de la cultura novohispana. Por ello se reunieron en éste obras de distinta procedencia, de manera principal las colecciones del Museo de Arte Religioso de la catedral de México, del Castillo de Chapultepec, así como de otras dependencias del INAH y diferentes lugares de la República y el extranjero.

El acervo del museo se formó con una amplia gama de obras de distinta procedencia, manufactura, materiales y usos: elementos arquitectónicos, fragmentos de retablos, pinturas, esculturas, muebles, libros. O bien, vestimentas utilizadas por los sacerdotes en las ceremonias religiosas y objetos laqueados, taraceados o elaborados en marfil, porcelana, hierro y vidrio.

Muchos de ellos no eran de un solo material, sino de varios, como piezas y muebles laqueados o taraceados, estos últimos elaborados con distintos tipos de madera e incrustaciones de marfil, hueso y concha, o con aplicaciones de herrajes. Seguía entonces otro gran reto: ¿cómo mostrar obras de tanta relevancia y tan variadas en un monumento también digno de exhibirse?

LA TRAYECTORIA: EXPOSICIONES

La iglesia cerró al culto y se convirtió en la principal sala de exhibición, en tanto que las demás dependencias se ocuparon como áreas museográficas, para mostrar y almacenar obras, así como para oficinas, talleres y otros espacios necesarios para el servicio y funcionamiento del museo.

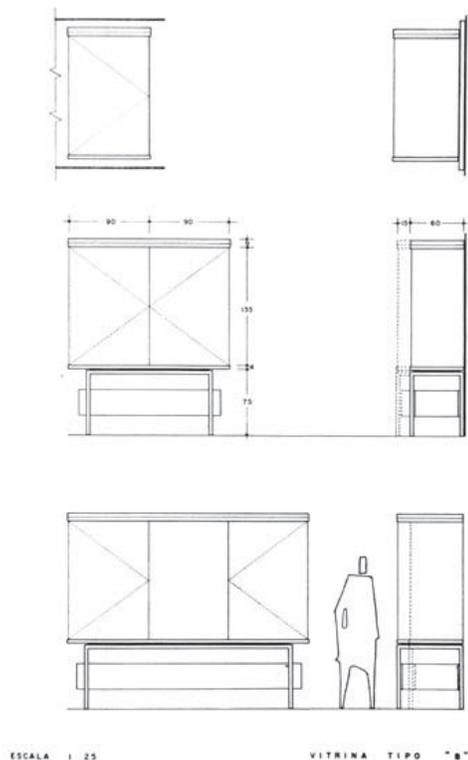
Los espacios se delimitaron; cobraron forma las áreas de exhibición, los talleres de restauración, museografía, carpintería y las oficinas de la dirección, la administración y el archivo fotográfico. Se inició un largo proceso que continúa hasta la fecha: mostrar tanto el edificio como las colecciones de obras y conciliar los requerimientos de funcionamiento y servicio en los espacios disponibles.

El edificio se mostró impecable y la museografía en general no rompía con la sobriedad de la construcción. Las piezas se mostraron de acuerdo con las características de su técnica, materiales de elaboración y uso. Hubo, por ejemplo, salas de taraceas, mobiliario, herrajes y esculturas de piedra. Tenían cédulas con información básica del título, el nombre del autor —si se conocía—, la fecha o época de elaboración y, sobre todo, según el estilo artístico, la técnica de manufactura y número de inventario. El criterio fue que las obras hablaran por sí solas, pero las características de las piezas imponían algo distinto a lo que todavía imperaba en los estudios de historia del arte: se fue más allá de presentar u observar la sola cuestión estética, de preferencia sobre arquitectura, pintura y escultura.

Colecciones importantes en calidad y cantidad como las de ornamentos, orfebrería, muebles, marfiles, lacas, vidrio y hierro obligaban a estudiar no sólo su aspecto artístico, sino también cuestiones relacionadas con su producción y uso. Si bien esto no era por completo novedoso, ya que algunos estudiosos comenzaban a tratar temas de este tipo, el museo originaba o favorecía a que el interés por las obras aumentara y se diversificara, pero de modo paulatino.

Más tarde se abrió una sala con pretensiones de permanente, con un tema más amplio que el de una colección en particular: “Comercio con Asia”, que aglutinó obras de distintas características. Contenía productos elaborados o relacionados con esa región del mundo para una clientela novohispana: ornamentos religiosos, muebles y objetos laqueados, marfiles y pinturas.

La exposición abarcó tres de los antiguos aposentos que se comunicaron y permitieron una visita más cómoda, con una



Vitrinas diseñadas por el arquitecto Miguel Celorio **Fotografía** Tomada de *Colegios de Tepotzotlán. Restauración y Museología*, México, INAH, 1964, plano 18 © Gliserio Castañeda, CNME-INAH



Carta de felicitación de Ernesto Zedillo, como candidato a la presidencia, en el 30 aniversario del MNV en 1994 **Fotografía** © Gliserio Castañeda, CNME-INAH





presentación coherente y homogénea de las obras, siguiendo un guión científico y museográfico de acuerdo con el tema. Esta muestra ya no existe, pero duró varios años y el tema continúa presente, sobre todo porque se cuenta con un valioso legado de piezas que llegaron o se vinculan con el este asiático.

De ello dio cuenta la espléndida exposición temporal que se montó en 1976 con motivo de la celebración del XXX Congreso Internacional de Orientalistas, organizado por El Colegio de México. La muestra se tituló *El Galeón de Acapulco, 250 años de comercio con Asia*.

En los antiguos aposentos y corredores del claustro alto de los Naranjos, incluyendo la sala mencionada de Asia, se presentaron los más variados objetos procedentes de distintas colecciones. De la exposición temporal quedó testimonio en la revista *Artes de México*, cuyo número 190 se tituló “El arte en el comercio con Asia”.

Mencioné que el tema perdura porque en diciembre del año pasado se abrió en el museo una exposición, también con pretensiones de permanente, denominada *Oriente en Nueva España*. Entre sus aportaciones se encuentra el sentido amplio que se le da al tema, desde la explicación de lo que significa culturalmente Oriente.

Se habla de las piezas y del contexto en que fueron elaboradas, sus técnicas y características, de acuerdo con el gusto de los clientes. Al mismo tiempo se armoniza la presentación de las obras con el edificio. Ahora luce la arquitectura debido a que se liberaron las bóvedas de elementos de iluminación y se descubrieron las ventanas y la pintura mural. Esta última, que presenta a la Virgen con el Niño en cada una de las cuatro salas de la exposición, se exhibe al público por primera vez. Estas pinturas no tienen relación con el guión museográfico, pero sí con la historia de la construcción y una de las devociones de sus primeros ocupantes. Además, se destaca el espacio con luz blanca, en tanto que las obras se muestran en vitrinas con luz cálida.

De regreso a las peculiaridades de las exposiciones, en la década de 1980 se insistió en la necesidad de mostrar de manera más amplia la historia del virreinato, matizando, por decirlo así, el predominio del arte. Con tal objetivo se liberó un área hasta entonces ocupada como depósito de obras.

De esa época data la exposición *El México virreinal*, que muestra temas relacionados con el pasado prehispánico, la conquista militar y espiritual, la producción minera, las monedas, la vida cotidiana, entre otros. Para ello se utilizaron, además de piezas de colección, elementos como gráficas, cuadros cronológicos, mapas y maquetas. El contenido se enriqueció y el área de exhibición aumentó a 20 salas.

Pero el reto continuaba latente: mostrar cada vez mejor el pasado virreinal con los elementos disponibles. La sede del

Claustro de los Naranjos, Museo Nacional del Virreinato, 2009

Fotografía © Gilserio Castañeda, CNME-INAH



Exposición temporal sobre el décimo aniversario del museo, 1974 Fotografía © Palle Pallensen, Museo Nacional del Virreinato, INAH, Conaculta

museo y su acervo son de carácter artístico y religioso, debido a su procedencia y a que es lo que conserva de la época. ¿Para qué negarlo o pretender ocultarlo? Al contrario, pues esto ofrece múltiples opciones.

Con ese criterio como base, se dotó al edificio de cédulas explicativas sobre las funciones de cada dependencia y sus obras originales, y se abrieron salas en las que se abordaron de manera detallada y sistemática temas más amplios de las obras relacionados con su contexto. Por ejemplo, sobre artes y oficios, es decir, acerca de quiénes las elaboraron, cómo y con qué intención.

También se montó un espacio en torno a la vida conventual femenina y las exposiciones denominadas “Pieza del mes” cambiaron su título a “Tema del mes”. Con este pequeño cambio se exhiben ahora obras en distinto número y de diferente índole, aspecto que permite mostrar los más variados temas sobre el virreinato novohispano.

Lo anterior se refiere sobre todo a exposiciones permanentes, pero también son importantes las temporales, como la mencionada del Galeón de Acapulco. Con algunos saltos arbitrarios en el tiempo, a continuación menciono algunas: *Colegios de Tepotzotlán*, montada en 1974 para conmemorar el décimo aniversario de la fundación del museo; la del céle-

bre pintor *Juan Correa, su obra y su tiempo* y *De la escritura a la lectura. El mundo del libro en la Nueva España*, ambas en 1992.

Más recientes son las exposiciones *Plata forjando México* (2010), *El pecado y las tentaciones en la Nueva España* (2012) y *La construcción del México mestizo. Expulsión y restauración de la Compañía de Jesús* (mayo-agosto de 2014). Éstas y otras muestras que sería largo enumerar formaron parte o han propiciado actividades académicas: congresos, simposios, coloquios, ciclos de conferencias, conciertos, talleres o publicaciones. Algunas fueron itinerantes o dieron pie a otras.

LA TRAYECTORIA: OTRAS ACTIVIDADES

Las actividades que acabo de mencionar giran en torno a las exposiciones porque son una función esencial de los museos, pero no la única, pues en un sentido más amplio la labor de aquéllos es estudiar, conservar y difundir la cultura también por otros medios a su alcance. Por ello, todas las tareas se han incrementado de manera notable.

En el campo de la investigación histórica se lograron avances en temas de vida cotidiana que hasta hace poco no se tomaban mucho en cuenta en el medio mexicano. En materia de conservación y museografía, además del trabajo cotidiano, en el que casi siempre se aplican criterios y técni-



Exposición en el Museo Nacional del Virreinato, 2009 **Fotografía** © Gliserio Castañeda, CNME-INAH

cas actuales, se realizan proyectos como los que implementa la Asociación de Amigos del Museo, mediante los cuales se han intervenido espacios del edificio y decenas de obras de colección.

Algunos de estos eventos se llevan cabo desde hace años. Un ejemplo es un festival de música antigua y otros encuentros musicales, un programa académico, así como ferias y, de manera reciente, las “Noches de museos”, todos ellos acompañados de actividades paralelas en las que a menudo el público participa de modo activo.

A tono con la época, se ha puesto la mirada en los medios electrónicos de comunicación y se piensa aumentar su uso con la próxima publicación de una revista digital, sin olvidar las publicaciones impresas, que también son fundamentales. Se trabaja en un boletín, en libros y folletos acerca del museo, sus colecciones y actividades, así como sobre temas relacionados con el virreinato novohispano, sin olvidar, por supuesto, la apertura de nuevas áreas de exhibición y servicios.

El trabajo tiene trascendencia y es posible observarlo porque el museo influye cada vez más y recibe la influencia del lugar donde se ubica. En el año 2002, sobre todo debido a la labor conjunta entre el museo, la comunidad y las autoridades, Tepetzotlán fue declarado “pueblo mágico” y el edi-

ficio sede (2010) –como uno de los sitios que forman parte del Camino Real de Tierra Adentro– “patrimonio cultural de la humanidad”. Sin embargo, con estas distinciones aumentaron también las responsabilidades.

El reto continúa, si bien el museo cuenta con personal calificado para cumplir con su cometido. Como se puede constatar, se nutre de los avances técnicos y científicos en los campos de la investigación histórica, la museografía, la conservación y las comunicaciones. En el terreno humano, cuenta con el apoyo de las autoridades centrales del INAH, del personal de sus numerosas dependencias y de otras instituciones públicas y privadas, así como con la colaboración de las autoridades estatales y municipales.

En particular reconocemos a la comunidad de Tepetzotlán y sus alrededores, cuyos habitantes participan de manera constante y diversa, con apoyo material y humano, ya sea en los eventos o como voluntarios, o por medio de los estudiantes prestadores de servicio social. En fin, nuestro agradecimiento se dirige hacia todas las personas e instituciones que de una u otra manera han hecho posible que este museo celebre su 50 aniversario ✚

* Director del Museo Nacional del Virreinato, INAH